

Juan Luis Londoño

Por: Gustavo Mutis

Cuanta falta nos hace a los colombianos el carácter, la disciplina y el desempeño ético que nos dejó como legado Juan Luis Londoño, ese gran economista y científico social que nos dio extraordinario ejemplo de liderazgo bien como Ministro y hombre público o bien como académico y humanista de las más excelsas virtudes.

Por honrosa invitación de quien fuera su compañera vital, María Zulema, y en compañía de sus más gratos amigos y familiares, tuve la inmensa oportunidad el jueves pasado de volver a presenciar de cerca el liderazgo transformador y la huella que quedó grabada para siempre en nuestras vidas, de uno de los líderes más significativos que nos ha brindado Colombia.

Era como tenerlo ahí de nuevo, en frente de todos nosotros, encendiendo la llama del conocimiento profundo, del rigor académico acompañado del pragmatismo necesario para avanzar. Si bien quienes hablaron esa noche fueron sus familiares y amigos, era como oírlo directamente a él, a Juan Luis, con sus rigurosos análisis sobre las causas profundas de nuestros malestares, siempre acompañadas de propuestas concretas y simples sobre la economía social, la distribución del ingreso, la salud integral, la gestión pública efectiva o la probidad en la conducción del Estado.

Cuanta falta le hace a Colombia su ejemplo como guía y faro, máxime en un país que necesita más que nunca consolidar la mayor de las responsabilidades del ejercicio del liderazgo: la convergencia, la unión perdurable, las alianzas sobre los temas sustantivos.

Por eso el ejemplo de Juan Luis fue contundente: el rediseño integral del sistema de salud y la aprobación de las reformas laboral y pensional, solo para incluir algunos ejemplos, fueron una especie de "pacto social", de articulación entre el sector público, el privado, los usuarios, el Congreso y hasta la oposición que tanto lo criticó.

En un país saturado del liderazgo tóxico que se dispara desde muchos frentes, y agotado de la polarización enfermiza, el faro iluminante de Juan Luis nos devuelve la luz y la esperanza.

Esa noche, Jorge, su hermano del alma, con la contundencia de quien lo conoció desde siempre y con el respaldo de la narrativa sencilla y profunda, nos compartió el tesoro y las fuentes de la sabiduría de Juan Luis.....que son las mismas de los grandes líderes que perduran para siempre en la historia de la sociedad. Tres virtudes: Pasión, Argumentación y Determinación.

Pasión focalizada para lograr las transformaciones que el país requiere. Pasión por la causa superior, pasión por la vida y por el servicio. Así fue la vida de Juan Luis. Él nos contagió para siempre con la energía de quienes aspiran al desempeño superior, al servicio a la comunidad como la causa suprema. Así lo expresó el propio Juan Luis en una entrevista: "Yo tengo una voluntad de servicio enorme y esa es mi única aspiración: tratar de hacer las cosas bien. Tal vez es una posición muy cristiana y muy ingenua, pero me parece que este país necesita gente buena que se dedique a hacer las cosas bien. En el fondo así es mi propia vida".

Y María Zulema, Jorge y Fernando Carrillo, nos recordaron esa noche que la pasión desbordante de Juan Luis siempre estuvo acompañada de la dialéctica de aquel que sin arrogancia es capaz de argumentar con rigor y de encontrar alternativas creativas para la solución de los grandes desafíos. Siempre nos sorprendió con sus argumentos, siempre nos enseñó, como dice la sabiduría ancestral, a analizar primero la "causa de la causa" de los problemas para luego si hacer intervenciones de fondo. Sus argumentos eran profundos y originales pues se conectaban con el origen y causa profunda de los problemas a resolver. Nos hablaba de la jerarquía de la razón y nos insistía en la ecuación del "porque" y del "para que" antes de los "que" y los "comos".

Un día me llamo a su oficina en Dinero, luego de una sesión de direccionamiento estratégico que habíamos realizado juntos para su equipo de trabajo. Me atendió en medias y en forma breve y directa me dijo: Mutis: "escriba una columna quincenal para que organice mejor sus ideas y estas tengan más impacto". A partir de ese momento tuve cerca al más agudo de los críticos, al amigo reflexivo que después de cada columna nos invitaba a profundizar, proponiendo alternativas para implementar dichas ideas en los diferentes escenarios públicos o privados del país donde actuábamos.

Por último, la virtud de la determinación, con la cual Juan Luis enfrento todos los retos de su vida. Todos lo recordaremos en su empeño por sacar adelante la reforma laboral y pensional, la estabilidad jurídica al sistema de riesgos profesionales y sobre todo la reforma a la salud, la cual, gracias a su determinación, se convirtió finalmente en la Ley 100 de 1993. Y con esa determinación, con su empeño por aprovechar día y noche y sin descanso todas las oportunidades para servirle al país que tanto amaba, la muerte le llego sirviendo, ejecutando lo que el mismo llamaba el Plan de Reactivación Social.

Por eso fueron tan significativas las palabras de su hermano Jorge, quien esa noche nos recordó a los griegos de la antigüedad, seguramente haciendo referencia a Menandro, autor de del Siglo III antes de Cristo, quien afirmó que "quienes mueren jóvenes teniendo salud y habiendo dedicado su vida al servicio, es porque los Dioses los aman tanto que los regresan temprano a su morada espiritual, volviéndolos de verdad inmortales".

Gracias Juan Luis. Gracias María Zulema. Gracias Jorge.